

Inma Rubiales

NUESTRO LUGAR EN EL MUNDO



Inma Rubiales

NUESTRO LUGAR
EN EL MUNDO

PRIMER PUNTO DE INFLEXIÓN

Mayo, 2023

Lo que sucedió aquella noche

Luka

La acorralo contra la pared.

—Nadie puede enterarse de esto.

—¿Enterarse de qué? —jadea ella.

Una sonrisa seductora se abre paso en mis labios. De pronto mi boca vuelve a estar sobre la suya y empieza el juego. El beso no es romántico; es rápido, húmedo e intenso, muy desordenado. Nos movemos a contrarreloj. Me quito la chaqueta a tirones mientras la sigo a lo que imagino que será su dormitorio. Dejo la prenda tirada en medio del pasillo porque las manos me piden a gritos regresar a su cuerpo. Se las pongo en la cintura y luego las bajo hasta su culo. Ella tampoco pierde el tiempo; me enreda los dedos en el pelo, tira, me roza la nuca con las uñas. Creía que sería tímida. No lo es. Me quedó claro hace unos minutos, cuando se abalanzó sobre mí en la puerta. Me queda aún más claro ahora.

Llegamos a su cuarto. Enciende la luz y sonrío contra mi boca cuando vuelvo a pegarla a la pared. Paso a besarle el cuello, usando también la lengua y los dientes. Mece las caderas para presionar su cuerpo contra el mío. Por instinto, le agarro la cintura con más fuerza.

—Joder. —Mi voz sale ronca. Algo me dice que esto es una mala idea. Sí, seguro que es *muy* mala idea. Pero nunca había tenido tantas ganas de follarme a alguien—. No creo que...

Me besa para callarme. Obedezco sin rechistar. Y, cuando

quiero darme cuenta, estoy sentado en la cama, con ella en mi regazo, y mis manos se pierden bajo su falda. Acaricio su piel suave y solo quiero más, más y más. Más de su olor, de su tacto, de esos besos con lengua que no me dejan pensar en nada más. Entonces, su móvil, que sigue guardado en su bolso, ahora tirado en el suelo, se pone a vibrar.

Una vez.

Y otra.

Y otra.

Y otra.

Me la suelen sudar las consecuencias de mis actos, por eso no entiendo de dónde saco la fuerza de voluntad suficiente para apartarme de la chica preciosa que tengo encima y decir:

—Nora. —En mi vida me había costado tanto hablar. Me siento como si llevara siglos sin probar el agua—. No deberíamos...

Pero está muy cerca. Volvemos a besarnos. Mi convicción cae, cae, cae, quiero entregarme a este momento con los ojos cerrados y no preocuparme por nada.

Su móvil vuelve a sacudirse.

A juzgar por la hora, y teniendo en cuenta que se ha largado con mi hermano y me ha dejado a solas con su amiga, lo más probable es que sea Maeve. Querrá asegurarse de que Nora ha llegado bien a casa.

Como decía, esto es mala idea.

Uso la mano que tengo en su cintura para alejarla.

—Nora —repito. Necesito centrarme—. Estás borracha.

—¿Y qué? —Ella tiene la respiración agitada—. Tú también.

—Exacto. No me caes bien. No te caigo bien. Mañana nos arrepentiremos de esto.

Por suerte (o no, a estas alturas ya no sé ni lo que quiero), solo tarda un segundo en darse cuenta de que, en efecto, esto se nos ha ido de las manos. Se me quita de encima con un:

—Joder.

—Sí, exacto. *Joder*.

Se deja caer en la cama, aturdida. Yo apoyo los codos en las rodillas y me froto la cara con un suspiro. El mayor dolor de

huevos de la historia. Ojalá Nora fuera solo una desconocida. Entonces no habría dudado en llegar hasta el final. Pero me odia. Y es la mejor amiga de Maeve. No necesito otra de sus reprimendas. La de esta tarde ha sido más que suficiente.

«No dejas que Connor disfrute de nada».

«No te importa nadie aparte de ti mismo».

«Ojalá tu hermano entienda pronto que no eres más que un egoísta y te mande al infierno».

—¿Te importa si fumo? —pregunto.

Nora está tumbada en la cama, tratando de controlar su respiración. Tiene los rizos revueltos y los labios hinchados. Por el bien de mi integridad, intento no pensar que lo he provocado yo. Se aclara la garganta y se pone de pie.

—Hay detectores de humo por todo el apartamento. Tendrás que salir. —Intuyo que está nerviosa, pero lo disimula bien. Hace un gesto hacia la ventana—. Puedes sentarte ahí fuera. Es seguro. Yo salgo mucho. Con Sam.

Parece algo apesadumbrada al pronunciar ese nombre. Decido que lo mejor será dejarlo pasar. Y parar de mirarla de una vez. Me dirijo a la ventana, Nora va a por su bolso y tengo que frenar en seco cuando pasa por delante de mí para que nuestros cuerpos no se toquen. La tensión es tan palpable que duele.

Cuando me asomo al alféizar, compruebo que la ventana va a parar a un tejado. Estoy desesperado por algo de aire fresco, de manera que no dudo. Paso una pierna y después la otra y me siento fuera, pegado a la pared. El frío nocturno se me cuele en los huesos y me ayuda a lidiar con el aturdimiento que me bloquea la cabeza. Saco la cajetilla de tabaco y el mechero.

El tejado no está demasiado inclinado y nieva mucho en invierno; si puede soportar el peso de la nieve y el de Nora y su amigo Sam, podrá soportar el mío. Me permito relajarme en ese sentido.

Me enciendo un cigarro.

Por fin.

Sí que noto los efectos del alcohol. En el pub me he tomado unas cuantas copas. No tantas como para no ser consciente de lo que hago —Nora tampoco, ha bebido menos que yo—, pero

sí las suficientes como para llegar a ese punto en el que uno se lanza a hacer cosas que se muere por hacer sin pensar en las consecuencias. Véase el ejemplo: enrollarme con ella. ¿En qué diablos estaba pensando? Si me ha obligado a beber zumos de frutas, por el amor de Dios.

En mi defensa diré que Nora ha sido la primera en tontear conmigo. Todo empezó cuando convencí a mi amiga Maeve para que saliéramos. Mi hermano Connor y ella habían discutido y pensé que, si le daba a Maeve un empujoncito, conseguiría que fuera a hablar con él. Seguro que Connor estaba deseando solucionar lo que fuera que había ocurrido. Lleva colado por ella desde que éramos críos. Pero habría tardado días en reunir el valor para enfrentarse a Maeve y yo habría tenido que sopor-tarlos a los dos vagando por la casa como espíritus en pena. Nos he ahorrado tiempo a todos.

Dado que la última vez que salimos acabé metido en una pelea, Maeve no se fiaba de mis intenciones. Como prueba de mi buena voluntad, le confié mi cartera y mi petaca. Maeve lanzó la petaca por la ventanilla del coche y le dio la cartera a Nora, a la que le pidió que fuera algo así como mi perro guardián esta noche. Ahora que lo pienso, no sé por qué Maeve me cae tan bien. Pero así es. Menuda mierda. Me hace sentir empatía. Honestamente, me merecía su desconfianza. Y lo de la petaca también.

El caso es que, aunque le había jurado a Maeve que hoy no iba a beber, técnicamente era solo hasta que ella arreglara lo suyo con Connor. Y pasó. Final feliz para todos. En cuanto se marcharon del pub, me acerqué a Nora y empecé a darle el co-ñazo para que me devolviera la cartera. El zumo de frambuesa que me había obligado a pedirme —solo para reírse de mí— estaba asqueroso y necesitaba algo más fuerte. Tenía demasiadas cosas que olvidar. Accedió con la condición de que la invitara a una copa. Empezamos a beber y a acercarnos. Cuando me ofrecí a acompañarla a casa, la tensión era asfixiante. Se lanzó a besarme y el resto es historia.

No soy tan idiota como para pensar que lo que ha pasado hoy es solo producto del alcohol. No estábamos tan borrachos. Sin embargo, también sé que no le gusto a Nora. La atraigo,

quizá, pero no le gusto. Un par de copas juntos no pueden haberle hecho olvidar lo mucho que me odia.

Para mí esto ha sido una distracción.

Seguro que para ella también lo ha sido.

—Sí, estoy en casa. Me ha acompañado Luka. No, Maeve, todo bien. —La voz de Nora al teléfono me llega desde el interior. Como sospechaba, la de los mensajes era Maeve.

Echo un vistazo hacia la habitación. El apartamento de Nora está bastante cerca del Haven, el pub de esta noche. Ni siquiera diría que vive en un bloque de pisos; más bien parece una casa antigua que el propietario ha adaptado para tener varios inquilinos. La escalera ha crujido tanto mientras subíamos que parecía que se iba a derrumbar bajo nuestros pies. No hay ascensor. El interior de la vivienda, sin embargo, no tiene nada que ver con lo de fuera. Es todo color. Las paredes de su cuarto están pintadas de verde, el suelo es de madera y hay pósteres y fotografías y figuras de cerámica por todas partes. Y plantas. Sobre todo, plantas. Su dormitorio está a rebosar de macetas con flores y juraría que he visto una enredadera colgando en el pasillo de la entrada.

Me pregunto cómo puede vivir aquí. Hay demasiado... color. Es como entrar en Disneyland.

Imagino que irá mucho con su personalidad.

Va muy poco con la mía.

Nora no tarda mucho en despedir la llamada. Al cabo de unos minutos, sale a sentarse conmigo en el tejado.

—Era Maeve —me informa, aunque sabe que las he escuchado.

La miro de reojo. Se ha sentado lo suficientemente lejos como para que nuestros brazos no se toquen.

—¿Le has contado que te he acompañado a casa?

—Solo para que no quedaras como un capullo. Maeve te habría llamado a gritos si creyera que me has dejado sola en el pub. —Sospecho que también me gritaría si se enterara de lo ocurrido. Nora parece leerme la mente. Aprieta los labios, nerviosa—. Sobre lo otro...

—No tenemos que hablar de ello —la interrumpo.

—No se lo contaré a nadie.

—Yo tampoco. Aunque no es que haya mucho que contar.

—Han sido un par de besos. Nada más.

—Sí, ha sido una estupidez. Fin de la historia.

—Bien.

—Bien. —Hace una pausa. Doy una calada—. ¿Me das uno?

Le tiendo la cajetilla y el mechero. Antes, en el pub, hemos firmado una especie de tregua, y parece que aún persiste. No solemos ser tan amables el uno con el otro. Nora se enciende un cigarro y se rodea con los brazos. Me alegro de haberme quitado antes la chaqueta. Necesito que haga frío, sobre todo si ella sigue aquí.

—No sabía que fumabas —comento. Me basta con verla toser al dar la primera calada para deducir que, en efecto, le falta práctica. Cometo el error de decir—: Te tragas el humo muy rápido.

Y ella gruñe:

—No me des lecciones.

Señoras y señores, esta es la Nora que yo conozco.

Me giro al frente. Debe de notar la diversión en mi rostro, puesto que añade con sequedad:

—Sí que fumaba. Antes. Lo dejé hace años. Ahora lo hago solo en ocasiones puntuales. Me he atragantado un poco, ya está.

—Porque te tragas el humo muy rápido.

—Que te jodan.

Qué mujer. Se me escapa una sonrisa y cambio de tema:

—Tengo el coche aparcado en el pub. Debería esperar un poco antes de conducir.

Ahora que no vamos a enrollarnos, no tengo ningún motivo para quedarme, pero no pienso volver solo al Haven mientras mi examigo Markus y los demás sigan allí. Mi intención es aprovechar la tregua con Nora lo máximo posible. Al menos, hasta que Jasper me responda a los mensajes.

Ella da otra calada, esta vez más despacio. Muy bien. No le doy la enhorabuena solo para que no me tire del tejado.

—Puedes quedarte un rato en el sofá. No creo que Sam vaya a pasar la noche aquí.

—¿Ah, no? —Sam es su compañero de piso. Es camarero en el Haven y el vocalista de Thunderdust, una de las bandas favoritas de la gente que sale por allí. Siempre me meto en problemas en su bar, así que ha intervenido en muchas de mis peleas. Entre eso y que Jasper, el líder de la que solía ser mi banda de música antes de que me expulsaran, no lo soporta, no nos llevamos precisamente bien.

—Lo he visto en el pub con su nueva novia.

Ya. Conque por eso necesitaba una distracción.

Me pregunto si Nora será consciente de la amargura que hay en su voz, si el alcohol siempre la vuelve así de transparente. Sea como sea, no se inmuta al decirlo, y yo no insisto porque no somos amigos, no tenemos confianza y me tocaría los huevos que me dijera que está colada por otro cuando hace unos minutos era yo el que la tenía encima.

Dejamos que nos invada el silencio. Observo el paisaje. Estamos en la zona trasera del edificio, que apunta hacia el río. Se ven los puentes, los árboles frondosos que crecen a lo largo del canal y las luces amarillentas de la ciudad. Más allá, solo hay bosque y oscuridad. Y, al fondo, el reflejo de otras localidades lejanas en el cielo.

—Es bonito —digo.

—Es Finlandia —responde ella.

Antes ha dejado una caja de cervezas en el alféizar. Se inclina hacia atrás para coger una en cuanto terminamos de fumar.

—Es sin alcohol —aclara al notar que la observo.

Hago una mueca.

—Y yo que pensaba que empezábamos a entendernos.

—No creo que tú y yo vayamos a entendernos nunca.

Pienso: «Hace unos minutos, nos entendíamos bastante bien».

Nora da un trago y se tumba para mirar al cielo. La observo con disimulo. Tiene los rizos rebeldes encrespados por la humedad, la nariz chata y los labios carnosos. Lleva un top de tirantes que deja una franja de su estómago al descubierto. Y sus piernas parecen infinitas con esos vaqueros. De repente, su mirada vuelve hacia mí, aparto la vista rápidamente y decido que necesito una cerveza.

Arrugo la frente cuando saco una de la caja y la pruebo. Qué asco.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dice.

—Yo primero. ¿De dónde eres? —Me enciendo otro cigarrillo. Maldito vicio.

—De España. ¿Por qué?

—Por nada. —Tenía curiosidad. No voy a decírselo, porque ¿por qué diablos iba a sentir curiosidad? Antes de esta noche, ninguna de nuestras conversaciones había sido agradable—. No entiendo qué haces aquí —añado finalmente—. Quiero decir, ¿no es eso un paraíso comparado con esto? Sol, playa, fiestas, buenas temperaturas...

—¿Has estado en España alguna vez?

—No, nunca. Pero sé cómo es. Lo he visto en internet. —Se vuelve hacia el frente con una mezcla de humor y escepticismo—. ¿Qué?

—España no es solo sol y playa.

Bueno, pero es *casi todo* sol y playa. Qué más dará.

—Entonces, ¿no había playa donde vivías?

—No, era una zona de interior. Aunque sí que hacía mucho calor. —Debió de pasarlo bastante mal durante el invierno. Maeve vive con nosotros desde mediados de abril y sé que sus primeras semanas aquí fueron mortales. Sus padres se la llevaron a Miami cuando era muy pequeña, así que, cuando regresó, su cuerpo ya no estaba acostumbrado a las temperaturas—. Y, respondiendo a tu pregunta, me gusta Finlandia. Por el idioma, por los paisajes y porque todo es... diferente aquí. Para los que venimos de fuera, eso tiene su encanto.

—¿Te mudaste con tu familia?

—No. Vine sola.

¿Sola? ¿A una ciudad tan aburrida como Nokia en uno de los países más fríos de Europa? Está claro que hay una buena historia ahí detrás. Es una lástima que no pueda preguntársela.

—Debe de ser difícil estar lejos de casa.

—Ya. —Nora resopla, se incorpora y mira hacia otra parte—. Deberías saber que no va a funcionar.

—¿El qué?

—Lo de ser amable con intenciones ocultas. No va a funcionar.

Tardo un segundo en comprender la situación.

—¿Crees que sigo queriendo acostarme contigo?

Descubro que soy un actor increíble porque sueno incluso ofendido. La realidad es que sí, claro que quiero acostarme con ella. Pero no he sido amable con ninguna intención oculta. Creo.

—Dejemos el tema, Luka. Habíamos quedado en no volver a mencionarlo.

—Has sido tú.

—Solo para dejarte claro que tus trucos no van a servir de nada.

—No hay ningún truco. Era solo una pregunta. Debo de haberte calado hondo, si todavía sigues dándole tantas vueltas al asunto. —La provocho para ver si cae en el juego, y así es. Sus ojos se deslizan hacia los míos—. A fin de cuentas, soy yo el que ha decidido parar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que igual eres tú la que tiene intenciones ocultas.

Le dedico una sonrisa ladeada con la que, ingenuo de mí, creo que me proclamo claro vencedor de esta batalla.

—No tenemos la misma versión de los hechos.

—Déjame repasar. —Me inclino un poco hacia ella. Se mantiene tan firme que creería que mi cercanía no la afecta si no fuera por ese ligero tembleque que noto en su respiración—. Hasta donde yo sé, eres tú la que se lanzó a besarme en la puerta.

—Llevabas mirándome toda la noche —responde.

—¿Qué?

—En el pub. Mientras bailaba.

—No es verdad.

—Claro que es verdad. Me estuviste mirando todo el rato. Luego nos acercamos, te invité a venir y te besé porque soy directa y se me da bien conseguir lo que quiero. Y después me di cuenta de que era un error y decidí parar. Esa es mi versión de los hechos.

—¿Tú quisiste parar? —me burlo—. ¿Antes o después de que yo te pidiera que te apartaras?

—Cuando *yo* decidí apartarme. No habrías sido capaz de parar si no lo hubiera hecho yo primero. Puede que durante un momento hayas sentido que tenías el control, pero no lo tienes. —Mueve la mirada hacia el cigarro entre mis dedos—. ¿No eras tú el experto en fumar?

Rompo el contacto visual con ella justo a tiempo para ver cómo la colilla cae sobre el tejado.

Joder.

Vale.

Bueno, vale.

Me llevo el cigarro a los labios y aspiro una calada larga. Nora se gira con una sonrisa. Su chulería debería molestarme. Ha sido un golpe directo a mi ego. Pero no me molesta. Al contrario. Me hace gracia. Incluso me gusta.

—¿Esa es la pregunta que querías hacerme?

Y, de pronto, se echa a reír. Pienso que esta es la primera vez que la oigo hacerlo sabiendo que lo he provocado yo.

—No, no es esa.

—¿Entonces? —Apago el cigarro contra el tejado.

Quiero que aproveche esta oportunidad para seguir tonteando conmigo. Es evidente que no soy el único que se arrepiente de que hayamos parado. Lidiaré con las consecuencias mañana. Si ella no da el siguiente paso, voy a hacerlo yo. Quiero acercarme más y tocarla. Sí, me muero por tocarla.

Y entonces hace la dichosa pregunta y es como un balde de agua fría.

—¿Por qué no te has acercado antes a Markus y los demás?

Es difícil ocultar que se me ha revuelto el estómago cuando está estudiándome con atención, como si ya supiera de antemano cómo iban a afectarme sus palabras. Doy un trago. Muevo la cerveza.

No respondo. Ojalá hubiéramos seguido tonteando.

El sábado pasado las cosas se me fueron de las manos.

Otra vez.

Maeve y Connor estaban pasando el fin de semana en Hel-

sinki. Sabía que este viaje era importante para mi hermano. Por eso, cuando su amigo Markus me encontró tirado borracho en el bar, le supliqué que no los avisara. Él lo hizo de todas formas. Les arruiné el viaje. También le arruiné la noche a Markus, que es un buen colega de Connor y solo por eso me llevó a casa. Cuando me dejó en la puerta, me bastó con verle la cara para saberlo: daba igual que tiempo atrás nosotros también hubiéramos sido amigos. Si quedaba algún resquicio de aquello, ahora ya estaba muerto.

Sabía que hoy Markus celebraba su cumpleaños en el pub y que no me quería allí. Por eso no pensaba salir.

Si lo he hecho ha sido solo porque esta tarde he descubierto que la discusión que Maeve y Connor tuvieron en Helsinki fue, en parte, culpa mía. Ya sospechaba que había ocurrido algo entre ellos, pero no quise preguntarle a Connor; ya no hablamos sobre nada y no habría soportado que me diera largas. Así que saqué el tema con Maeve. ¿Lo habría hecho si hubiera sabido que ella iba a estallar y decirme cosas tan hirientes? Quizá no, no lo sé. No le guardo rencor porque enseguida me ha pedido disculpas, y porque entiendo que ha tenido una semana horrible y yo le he tocado demasiado la moral, y porque tiene razón. Sobre todo, porque tiene razón.

No se equivocó en nada de lo que me dijo.

Nunca antes la había visto llorar.

—Tienes que devolverme mi cartera —le pido a Nora. Aunque bebimos juntos en el pub, nunca llegó a dármela. Y voy a necesitarla. Me vendría bien una copa más. O tres.

Ella me mira sin hacer preguntas. Solo dice:

—Está dentro, en mi bolso. Cógela antes de irte.

—Vale. Gracias.

Debería largarme de una vez.

Mi móvil tintinea. Es Jasper. Le escribí cuando Nora y yo nos fuimos del Haven por si acaso los chicos y él habían salido esta noche. Pensaba enrollarme con ella y largarme. No iba a quedarme a dormir. Ni siquiera pensaba quedarme a *hablar*. Ahora lo pienso y me siento un poco capullo. Jasper me ha pasado una ubicación. Seguro que están en algún local de mala muerte me-

tiéndose cualquier mierda para el cuerpo. Y estoy invitado. Siempre me invitan a estas cosas. No importa que hace unas semanas me expulsaran de la banda. Nunca hablamos del tema, así que, ¿qué más da?

Pensarán que me trae sin cuidado.

Vacilo. No contesto. ¿Por qué no contesto? Debería irme con ellos y entregarme al ruido, al alcohol y a todo lo que me permita escapar de mis pensamientos un rato. Pero, si lo hago, ¿no le estropearé la noche a Connor otra vez? ¿Será él quien venga a recogerme cuando todo se haga trizas? ¿Me llamará preocupado cuando se despierte mañana y descubra que no estoy en casa?

Aunque, ¿acaso importa? Ya está acostumbrado. Arruino las cosas. Constantemente. Lo hice con mi banda, con Connor e incluso con su relación con Maeve. No me extraña que Markus no me quiera cerca. Que haya convencido al resto de que no merezco la pena.

Antes, en el pub, he notado las miradas que me lanzaba de vez en cuando, como si temiera que en cualquier momento fuera a acercarme a ellos y a cargármelo todo. Por eso no me moví. Por eso no me acerqué a saludar, aunque en su día hubieran sido también mis amigos. Es fácil detectar los lugares en los que no eres bienvenido cuando esos lugares se resumen en *básicamente todos*.

Nuestra amiga Addison ha sido la única en hablar conmigo. Y estoy seguro de que solo quería que nos enrollásemos.

Pero, insisto, qué más da.

El grupo no funciona desde que Riley no está.

El silencio me está asfixiando.

Debería irme.

Pero en casa solo encontraré más silencio.

Y conozco las consecuencias de salir con Jasper.

—Me toca preguntar —anuncio.

Si a Nora le extraña que no me marche, no lo demuestra.

—Adelante.

—¿Hace cuánto que rompisteis Sam y tú?

No voy a ser el único que se enfrente a cuestiones peliagudas esta noche.

—Unos tres meses. —Para mi sorpresa, parece bastante tranquila. Me pregunto si estaré equivocado y no me ha besado por despecho o si solo sabe esconder muy bien sus sentimientos—. Pero nos llevamos bien. De hecho, es mi mejor amigo. Por eso vivimos juntos.

Todavía siente algo por él. Es evidente.

Me ha besado por despecho.

Menuda mierda.

—¿Y tú? No estarás saliendo con nadie, ¿no? —Su tono se tiñe de desconfianza.

—Soy un alma libre. —No le digo que no me habría liado con ella si tuviera novia porque seguro que no se lo creería. Parece estar bastante convencida de que soy un cabrón.

—Pero estás colado por Maeve.

Casi escupo la cerveza.

—¿Cómo dices?

—Por eso te metiste entre tu hermano y ella. Maeve me contó que le habías dicho a Connor que tuviera cuidado.

—Sí, pero no porque esté colado por Maeve. Menuda estupidez. —¿Qué la ha llevado a pensar eso? ¿Lo pensará Connor también?—. Connor no tiene mucha experiencia con esto de las chicas. Le dije que fuera precavido con Maeve solo para protegerlo. No me fiaba de ella porque no la conocía. Ahora estoy seguro de que son perfectos el uno para el otro. —Solo hay que verlos. Connor parece mucho más feliz desde que Maeve vive con nosotros—. Sé la opinión que tienes sobre mí, pero no pienses que Connor y yo estamos cortados por el mismo patrón. Es un buen tío. Tratará a Maeve como se merece.

—Hacen buena pareja —coincide Nora, para mi sorpresa—. Ha estado bien que animases a Maeve a salir esta noche.

—Vaya, debe de ser la primera vez que estamos de acuerdo en algo.

—Es raro, ¿verdad? Me hace sentir que me estoy equivocando.

Se me escapa una sonrisa.

—Como agradecimiento, les pediré que le pongan mi nombre a uno de sus hijos.

—O que te dejen cantar en su boda.

—Ya. —Niego, divertido—. No me convencerían.

—Pensaba que escribías canciones.

—Así es. ¿A ti te gusta la música?

—A todo el mundo le gusta la música.

—¿Qué te gusta?

—Escucho de todo. Los Beatles. U2. Rihanna. Gracie Abrams. Coldplay.

—¿Oasis?

—Pues claro, ¿por quién me tomas? Y Pink Floyd.

—Lo sé —respondo. Nora me mira—. Antes, en el coche, ha sonado *Another Brick In The Wall* y nos has pedido que nos calláramos y subiéramos el volumen.

—Bueno, es de mis canciones favoritas. Cualquier melómano que se precie mandaría callar a todo el mundo para escuchar su canción favorita. Sobre todo si suena en la radio. Es como más mágico.

—No me creo que acabes de utilizar la palabra «melómano» —declaro, aunque estoy completamente de acuerdo.

—Perdona. Me pongo así de intensa cuando hablo de música.

Pienso: «No te preocupes, yo también».

Apuro la cerveza.

—*Another Brick In The Wall* no está nada mal. —Pido perdón a los dioses de la música porque que yo, un aspirante a guitarrista, diga que un éxito como ese «no está nada mal» podría considerarse blasfemia. Sin embargo, por alguna razón no quiero confesarle a Nora que es una de mis canciones favoritas también—. *Comfortably Numb* me gusta mucho más.

—Ah, claro. Esa es la favorita de Sam.

—Quién iba a decir que el rubito tendría buen gusto.

—Salió conmigo. Por supuesto que tiene buen gusto.

Ha sonado a broma, pero a mí no me engaña. Es imposible que no sepa lo atractiva que es. Tiene una belleza inusual por aquí, con esos rizos, la piel tostada y los ojos grandes y marrones. Entiendo que le gustara a Sam. Quiero decir, ¿a quién no le iba a gustar?

Me habría acercado a ella sin dudarlo si nos hubiéramos conocido en un bar. Igual lo hice y por eso me odia tanto. ¿Estaría borracho? Sin duda explicaría por qué tengo tantas lagunas.

—No te acuerdas, ¿verdad? —Nora parece leerme la mente. Lleva unos segundos estudiándome, como si quisiera meterse dentro de mi cabeza. Podría sonreír, soltar alguna broma y fingir que no sé de lo que habla. Pero no se lo merece. Me ha dado tregua esta noche. Qué mínimo que ser sincero con ella.

—No. —Reconocerlo no me hace sentir mejor. Todo lo contrario—. Fuera lo que fuera, lo siento mucho. Seguro que tienes razones de sobra para estar cabreada conmigo.

—Ya.

No ha sonado como un «acepto tus disculpas» ni mucho menos.

Ojalá supiera lo que ocurrió. Durante los últimos meses, cada vez que nos hemos encontrado no he recibido más que miradas desagradables de su parte. Poco antes de enterarme de que era amiga de Maeve, por ejemplo, tuvimos un encontronazo en el bar; discutió conmigo porque, según ella, me había colado para pedir en la barra. Sí, vale, lo hice, pero tampoco fue para tanto. Está claro que no le caigo bien y que estaba muy susceptible conmigo, y debe de haber una buena justificación. Esa no es la Nora que ve el resto del mundo. Esta versión de ella —la que ha decidido mostrarme esta noche— es simpática, amable y divertida. Es la que, cada vez que viene a casa, hace reír tanto a Maeve que oigo sus carcajadas desde mi habitación. La que provoca que Niko quiera ir a clase de inglés solo para verla. Le cae bien incluso a Connor y a mis padres. No te ganas a la gente siendo borde y distante.

¿Qué le habrá hecho cambiar su actitud conmigo hoy? ¿Habrá decidido darme un voto de confianza después de verme ayudar a Maeve? Quizá ha sido lástima, por lo de Markus. O tal vez se sentía tan sola y dolida después de ver a Sam con otra chica que ha decidido que necesitaba compañía. De cualquiera. Aunque fuera de alguien a quien detesta.

—¿Vuelves a pensar que estoy siendo amable con intenciones ocultas? —bromeo para suavizar el ambiente. No funciona.

—Creo que no sabes por qué pides perdón y eso hace que tus disculpas no valgan nada.

—Bueno, tiene fácil solución. Cuéntame lo que pasó y podré disculparme como es debido.

—Ya. Paso.

Ojalá no hubiera sacado el tema. Estaba disfrutando de la conversación. No la culpo por no quererme cerca. Me conozco. Sé cómo soy. Yo también preferiría mantener las distancias.

«No dejas que Connor disfrute de nada».

«Estás tan obcecado en destruirte a ti mismo que no te das cuenta de que el efecto colateral es destruir también a los demás».

Ha regresado el silencio, lo que empeora la situación. Nora vuelve a tumbarse y cierra los ojos. Yo miro hacia adelante y nuevo la cerveza dentro de la lata, me seco la otra mano sudorosa en el pantalón. Intento ignorar el tembleque molesto que tengo en la pierna. No me gusta el silencio porque mis pensamientos ganan terreno. Me vendría bien tener música ahora mismo. O una cerveza de verdad. En serio, ¿qué hago aquí? Debería haberme ido con Jasper. A ellos tampoco les caigo bien, pero, a estas alturas, no le caigo bien a nadie, y al menos allí tendrán alcohol.

Voy a decirle a Nora que me largo. Y entonces escucho su voz:

—Fue el invierno pasado. No hacía mucho que me había mudado a Finlandia, todavía no me habían aumentado la jornada en la academia de inglés y necesitaba otro trabajo. Sam movió unos hilos y consiguió que me contrataran de camarera en un bar. Tus amigos y tú hicisteis que me despidieran en mi primer día.

—¿Yo hice que te despidieran? —No desconfío de ella porque no tiene razones para mentirme, pero ¿cómo puedo no acordarme de eso?

Nora se incorpora y asiente. Inexpresiva. Hermética.

—Vuestra banda tocaba allí esa noche. Mi jefe me pidió que os atendiera personalmente. No me dijo por qué, pero tampoco hice preguntas. Os serví bandeja tras bandeja, bebis-

teis sin parar, luego fuisteis a tocar y al bajar tu amigo Jasper se chocó conmigo y me tiró encima todos los vasos que llevaba. Te enfadaste porque te había mojado la guitarra. Y me gritaste. A mí. Aunque estaba claro que él se había cruzado aposta en mi camino. Llevaba insinuándose toda la noche y lo había oído bromear sobre que estaba deseando verme con la camiseta mojada. Creo que pensó que no lo entendía, pero por ese entonces ya sabía un poco de finés. Empecé a discutir con él y me agarró del brazo para que me quedara con vosotros. Mientras tanto, tus amigos nos miraban. Se reían de sus bromas. Al final logré largarme de allí y me metí en el baño de empleados para cambiarme. Me sentía tan... humillada. Asustada, incluso —relata—. Cuando salí, Jasper estaba en la barra hablando con mi jefe. Al cabo de media hora vino a decirme que estaba despedida. —Sus ojos se clavan en los míos—. Por vuestra culpa.

—¿Cómo sabes que fue cosa suya?

—Porque no soy tonta, Luka. Me habían pedido que os atendiera personalmente y vuestra banda era un desastre. Si os dejaban tocar allí y os daban un trato personalizado, tenía que haber un motivo. Sé que Jasper es hijo de un tío importante por aquí. Industrias Karhu, ¿no? ¿Vas a decirme que nunca lo has visto abusar de su influencia?

—No —respondo, porque decir eso sería mentir—. Pero eso no tuvo nada que ver conmigo.

—Me da igual.

—¿Qué?

—Que me da igual. No me importa si fuiste tú quien habló con mi jefe o no. Esa noche no solo perdí mi trabajo. Tuve que soportar los comentarios asquerosos de Jasper y ver cómo todos se reían de mí. Estabas allí y no hiciste nada para impedir que me tratase de esa manera. Sales con ellos. Son *tus amigos*. En lo que a mí respecta, sois todos la misma escoria.

Arroja las palabras llena de desdén. Abro la boca para replicar y decirle que se equivoca, que no me parezco en nada a ellos. Que yo no soy así.

Solo que no puedo.

Porque ¿y si tiene razón?

—Olvida lo de esta noche —añade Nora—. No sé por qué te he invitado a venir.

¿Cuántas veces he visto cómo Jasper sacaba el comodín de «papá» y no solo no me he quejado, sino que me he reído con él? Siempre he sabido que abusaba de su poder y que eso estaba mal, y aun así nunca he hecho nada por impedirlo. Y esos comentarios asquerosos de los que Nora habla... ¿qué importa que no los hiciera yo? Estaba delante y no dije nada. ¿Y cuántas veces he tonteado de coña, por ejemplo, con Maeve, aun sabiendo que ella estaba colada por mi hermano? Para mí eran bromas, pero ¿y si para ella no lo eran? Sé que no es lo mismo. Que nosotros somos amigos. Aun así, espero no haberla hecho sentir incómoda nunca. No era mi intención. Si hubiera sido así, ¿ella me lo habría dicho?

¿Qué hizo Nora para que la despidieran? ¿No querer sentarse con nosotros? ¿No aguantar sus chistes asquerosos? O a lo mejor fue solo por diversión. Jasper es así. Siempre ha sido así.

Me da asco.

Siempre me ha dado asco.

¿Por qué nunca lo he tenido en cuenta?

«Porque estaba solo».

«Porque los necesitaba».

«En el fondo, creo que soy tan malo como ellos».

Connor solía decirme que Jasper y los demás no eran trigo limpio. Dejó de insistir en que me alejara de ellos cuando comprendió que yo jamás lo escucharía. Si uno quiere hundirse en un pozo, lo mejor es rodearse de personas que ya estén dentro. Así te aseguras de que nadie te reclame nada. ¿Peleas? Adelante. ¿Quiero beber hasta perder el sentido? Adelante. Nadie me presionaba para comportarme bien. Para cuidar de mí. Para salir del agujero. Para contar mis problemas. Para hablar de Riley. Para decir en voz alta que mi vida es una mierda desde que se ha ido y que no sé cómo encajarlo. Jasper, Alek y los demás tenían sus propias preocupaciones y tantas ganas de olvidarlas como yo. Al principio me sentí unido a ellos porque también querían hacer música. Luego me expulsaron de la banda y ni siquiera se lo

reclamé porque hacía mucho que la música ya no era lo importante.

Nora tiene razón.

Somos todos la misma escoria.

—Lo siento.

Nora iba a levantarse, pero se vuelve a mirarme al oír mi voz. Las palabras han salido de mis labios sin avisar. Saben raras, porque esta vez me disculpo con sinceridad, y hace mucho que no lo hago. De hecho, resulta incluso insultante que haya ocurrido primero con Nora, con alguien que no es de mi entorno, cuando hay tantas personas a las que debería haber acudido antes. Maeve, por ejemplo. Mis padres. Riley. Mi hermano. Sobre todo, mi hermano.

—Lo que hizo Jasper es repugnante. No solo lo del trabajo, sino también lo que te dijo y lo de las bebidas. Fue culpa mía también. Debería haber intervenido. Lo siento —repito. Las palabras se me atascan en la garganta. Me están ahogando—. Sé que ya no sirve de nada, pero lo siento mucho.

Pienso en Connor, en que arruiné su viaje con Maeve, y en que aquella noche, cuando me peleé con aquel desconocido, intervino entre nosotros y se llevó buena parte de los golpes que iban para mí. Pienso en mis padres, que no saben nada. Le supliqué a Connor que me guardara el secreto y está cargando solo con todo esto. Pienso en Maeve y en sus palabras de esta mañana. En Nora y su odio más que justificado. En Riley, y siento que me ahogo. Debería haber estado ahí para él. Tendría que haberlo visto venir. Tendría que haber hecho algo.

No pude salvarlo.

No pude salvarlo.

No pude salvarlo.

No pude salvarlo.

Cierro los ojos con fuerza, echo la cabeza hacia adelante y me agarro la nuca con las manos. Trago saliva. Me repito que me tengo que tranquilizar. Que no es un buen momento. Tengo ganas de vomitar. Y de salir corriendo.

El silencio se alarga durante lo que parecen horas.

—Puedes quedarte en el sofá hasta que amanezca —dice

Nora. A diferencia de antes, su tono ya no es brusco. Es suave, aunque noto una pizca de recelo en él, como si aún no hubiera decidido qué opinión tiene sobre mí ahora mismo—. No te preocupes por Sam.

Me sale algo parecido a una risa corta y exhalada. Ahora le doy lástima. Soy patético. Me seco los ojos mientras noto cómo ella se pone de pie.

—Gracias —me obligo a responder. En realidad, no voy a quedarme. Necesito salir de aquí lo antes posible.

Se levanta para salir del tejado. No ha aceptado mis disculpas, pero al menos tampoco las ha rechazado.

—Maeve y yo te hemos oído tocar alguna vez. Si te soy sincera, me alegro de que Jasper te echara de la banda. Con ellos habrías desperdiciado tu talento. —Me giro hacia ella y nuestros ojos se encuentran—. Todavía estás a tiempo de encontrar mejores compañías.

Entra en la casa y se mete en lo que imagino que será el baño. Espero un poco antes de salir del tejado también. Recojo mi chaqueta del suelo del salón y continúo hacia la salida. Miro la hora en el móvil. Son las cuatro de la mañana. Aún no estoy en condiciones de conducir y quedan dos horas para que pase el primer autobús hacia Sarkola. Y tengo más mensajes de Jasper. No dudo. Bloqueo su contacto. Guardo el teléfono. Decido que me sentaré a esperar en la parada porque no voy a coger el coche habiendo bebido y que no me importa el silencio.

Me voy a casa.

Todo lo que piensa Luka durante la hora y cincuenta y tres minutos que pasa esperando al autobús:

1. La frase «dime con quién te juntas y te diré quién eres» es tristemente cierta.
2. Jasper Karhu no es trigo limpio. Ninguno de sus «amigos» lo es.
3. Los zumos de frutas en realidad no son asquerosos.
4. Maeve tiene razón. Es egoísta. Pero eso no significa que no pueda cambiar.
5. Sí que miró a Nora en el pub.
6. Debería ayudar más en casa.
7. Connor se merece una (varias) disculpa(s).
8. Quizá, después de disculparse, le proponga ir juntos a pescar, como en los viejos tiempos. Con suerte él dirá que sí.
9. Debería cambiar su actitud con Maeve. Y con las chicas, en general.
10. Nora tiene buen gusto musical.
11. Eso convierte a Nora en alguien con criterio.
12. Nora le ha dicho que tiene talento (ha sido la primera persona en decírselo en mucho tiempo. A la gente se le ha olvidado que Luka sueña con dedicarse a la música. A veces Luka teme que a él se le haya olvidado también).

La banda más viral del momento tiene origen finlandés y se llama Thunderdust. Tras hacer *sold out* en todos los países de su gira por Europa, sus próximos destinos serán Asia y América. ¿El motivo? Seguir celebrando el álbum que los ha precipitado al estrellato. El primer *single* del disco se tituló *Wise Man* y marcó el inicio de una trayectoria musical llena de éxitos a nivel nacional que los ha llevado, poco después, a conquistar el mundo.

FRAGMENTO EXTRAÍDO DEL ARTÍCULO «EL FENÓMENO THUNDERDUST», PUBLICADO EL 24 DE NOVIEMBRE DE 2026.